

Charles Stross

# Jennifer Morgue

Traducción de  
Antonio Rivas

Corrección de estilo a cargo de  
Natalia Cervera



# ALTÍSIMO SECRETO DESTRUIR ANTES DE LEER

Título original: *The Jennifer Morgue*

Primera edición: marzo de 2019

© 2006 by Charles Stross

«Pimpf» © 2006 by Charles Stross

Publicado originalmente online en *Jim Baen's Universe*, junio de 2006

«Afterword: The Golden Age of Spying» © 2006 by Charles Stross

© de la traducción, Antonio Rivas González, 2019

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2019

Ilustración de cubierta: © Thomas Walker, 2019

Corrección de estilo: Natalia Cervera de la Torre

Revisión de galeradas: Antonio Torrubia

Maquetación: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

[www.insolitaeditorial.com](http://www.insolitaeditorial.com)

IBIC: FL

ISBN: 978-84-948986-2-4

Depósito legal: B 6293-2019

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

*Para Andrew, Lorna y James*

## Prólogo: Jennifer

25 de agosto de 1975

165° O, 30° N

Los chicos de los equipos A y B llevan cinco semanas cruzados de brazos en mitad de ninguna parte. No están solos; los acompañan la tripulación del barco, desde el capitán hasta el pinche de categoría más baja, y los espías de la CIA. Pero los otros tienen algo que hacer, al menos. La tripulación tiene que ocuparse del barco, un monstruo inmenso: sesenta y seis mil toneladas de nave de exploración minera en aguas profundas, cuatrocientos millones de dólares y siete años de construcción. Los tipos de la CIA no quitan ojo al arrastrero ruso que ronda por el horizonte. En cuanto a los tejanos especializados en perforación exploratoria, durante el último par de días han estado trabajando sin parar en la plataforma estabilizada, remachando uno tras otro tubos de acero de dieciocho metros en lo alto del cable de perforación y sumergiéndolos en las profundidades del océano Pacífico. Pero los equipos A y B llevan semanas mano sobre mano, sin más ocupación que preparar el enorme mecanismo que flotaba en la piscina lunar del centro del barco y ponerle combustible, y después se han pasado ochenta ras-cándose la barriga con nerviosismo mientras la perforadora se hundía cada vez más en la oscuridad opresiva.

Y ahora que *Clementine* está cerca del objetivo, se acerca una tormenta.

—Puto tiempo —se queja Milgram.

—Esa lengua. —Duke es un estirado—. ¿Se puede poner muy mal?

Milgram levanta un papel; es el último gráfico que han mandado del observatorio meteorológico de la cubierta C, donde Stan y Gilmer se encorvan sobre las verdosas pantallas de radar y el télex conectado con San Diego.

—Se prevé que alcance la fuerza nueve en las próximas cuarenta y ocho horas; la probabilidad es del sesenta por ciento y va en aumento. No podemos aguantar eso, Duke. Por encima de la fuerza seis, los propulsores no podrán mantenernos en posición fija. Vamos a perder el cable.

Steve, el chaval, se acerca.

—¿Alguien ha avisado ya a Villaespías?

Los tipos de Langley están en la cubierta E, en un tráiler con una puerta que parece la de una caja fuerte. Todos lo llaman Villaespías.

—Nah. —Duke no parece muy preocupado—. Primero, aún no ha sucedido. Segundo, solo estamos a cuarenta brazas del punto cero. —Chasquea los dedos hacia las cabezas curiosas que se han girado en su dirección desde sus puestos—. ¡Estad atentos, tíos! ¡Tenemos trabajo!

*Clementine*, el enorme extractor de muestras sumergible colocado en el extremo del cable de perforación, pesa unas tres mil toneladas y mide más de sesenta metros. Es una inmensa estructura de acero, con un grueso recubrimiento gris para resistir los efectos corrosivos del paso por kilómetros de agua salada. Visto de lejos, las cinco patas de acero que salen de cada lado hacen que parezca una langosta esquelética. O quizá, más bien, una trampa gigantesca que están descolgando en la inmovilidad gélida de los dominios de Neptuno para que atrape cualquier cosa que se encuentre en el suelo marino.

Duke dirige la sección de ingeniería desde su trono, situado en el centro de la sala. Una pared está cubierta de instrumentos; la otra es una larga serie de ventanas que dan a la piscina lunar del centro del barco. En un extremo de la pared acristalada, una puerta da acceso a una pasarela de red de acero que discurre quince metros por encima de la piscina.

Dentro de la sala de ingeniería, el ruido de los estabilizadores hidráulicos no llega a ser ensordecedor; hay un inten-

so gemido metálico y se puede sentir la vibración a través de la suela de las botas, pero la palpitación que hace temblar el cráneo queda amortiguada hasta niveles soportables. La torre de perforación que se alza sobre sus cabezas va descolgando la interminable serie de tubos por el centro de la piscina a un ritmo constante de dos metros por minuto, día tras día. Steve intenta no mirar por los tubos, pues el efecto es hipnótico; llevan ya muchas horas introduciéndose suavemente en las profundidades, descolgando el extractor de muestras hacia el fondo oceánico.

El barco es mucho más grande que el extractor que cuelga por debajo, en el extremo de casi cinco kilómetros de tubería de acero, pero está a merced de este. Cinco kilómetros de tubería constituyen un péndulo extraordinario, y conforme el extractor se hunde lentamente a través de las corrientes del océano profundo, el barco tiene que maniobrar frenéticamente para mantenerse justo encima con unas olas de dos metros. En lo alto del puente, unas extrañas cúpulas captan las transmisiones de los satélites de localización Transit de la Armada y alimentan con ellas el sistema automático de mantenimiento de posición que controla el timón del barco, los impulsores de popa y los compensadores de oleaje cilíndricos sobre los que reposa la grúa. A semejanza de un cisne, todo parece pacífico en la superficie, pero por debajo de la línea de flotación hay un avispero de actividad frenética. Todo, la inversión de cuatrocientos millones de dólares y los seis años de operaciones encubiertas de la Compañía, depende de lo que ocurra en las próximas horas. Cuando se alcance el fondo.

Steve vuelve a observar la pantalla de televisión. Es otro milagro de la tecnología. La gabarra tiene cámaras y reflectores, tubos de vacío diseñados para funcionar en las profundidades abisales. Pero la cámara está fallando; oleadas de estática cubren la pantalla periódicamente. La presión, toneladas por centímetro cuadrado, está dañando los cables impermeabilizados que transportan la señal.

—Vaya mierda —se queja—. Nunca vamos a verlo, si...  
—Deja la frase en el aire. En ese momento, Norm, en el puesto

de al lado, se ha levantado y señala algo en su pantalla. Se oye un grito al otro lado de la sala. Steve, entrecerrando los ojos, vuelve a mirar la pantalla, y entre las líneas de estática distingue un perfil rectilíneo—. Santo...

Por encima de su cabeza chasquea el sistema de megafonía:

—Personal de *Clementine*. K-129 en pantallas dos y cinco, rango de aproximadamente quince metros, rumbo dos dos cinco. En espera; control de impulsores de precisión.

Es oficial: han encontrado lo que buscaban.

En Villaespías, el ambiente es tenso pero triunfal.

—Hemos llegado —anuncia Cooper. Dirige una sonrisa burlona al británico de cara afilada y traje arrugado que está fumándose un Camel sin filtro en flagrante transgresión de la normativa contra incendios del barco—. ¡Lo hemos conseguido!

—Ya veremos —masculla el británico. Aplasta la colilla y menea la cabeza—. Llegar es solo la mitad del trabajo.

Murph, irritado, le dirige una mirada feroz.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunta.

—Estáis enredando con algo por debajo de los mil metros, infringiendo claramente el Artículo Cuatro. Estoy aquí como observador neutral conforme a la Sección Dos...

—Que os jodan a ti y a tu neutralidad; solo estás amargado porque no habéis tenido los cojones de ejercer el derecho de apelación...

Cooper se interpone antes de que la situación se descontrole otra vez.

—Calma. Murph, ¿qué te parece si vuelves al puente a ver si los bolcheviques han mostrado interés? Querrán echar un vistazo cuando se den cuenta de que hemos dejado de bajar cable. James... —Hace una pausa y tuerce el gesto; el alias del británico es más que transparente y, para un agente de la Compañía, roza lo insultante. Cooper se pregunta, no por primera vez: «¿Por qué cojones usa ese nombre?»—. Vamos a dar un paseo por la piscina lunar, a ver qué han encontrado.

—Vale. —El británico se levanta y se despliega como un insecto palo dentro del traje gris mal entallado. Tiene un tic en la mejilla, pero mantiene una expresión helada—. Tú primero.

Salen del despacho del tráiler y Cooper cierra la puerta tras de sí. Puede que el *Hughes Glomar Explorer*, el barco de la GMDI, sea enorme (es más grande que un buque de asalto anfibio de la Armada, más grande que un navío de guerra de clase Iowa), pero los pasillos y escaleras son un laberinto estrecho y gris tachonado de tuberías y conductos marcados con códigos de color, colocados hábilmente a alturas raspaespinillas y cascacabezas. No se mece con las olas, sino que se sacude de forma extraña cuando los impulsores SKS (una tecnología nueva que da cuenta de una buena porción del coste del barco) lo mantienen firmemente en posición. Seis tramos de escalera más abajo hay otro pasillo y un mamparo, y a continuación, Cooper se encuentra con una escotilla que se abre a la piscina lunar a la altura de la pasarela que la cruza a quince metros. Como de costumbre, se le corta la respiración. La piscina lunar tiene sesenta metros de largo y veintitrés de ancho; una superficie de agua negra inmóvil rodeada de los andamios y las grúas necesarios para manejar la gabarra. En los extremos de la piscina, las gigantescas patas de amarre están extendidas al máximo, justo por debajo del nivel del agua. El cable de la perforadora atraviesa el corazón de la cámara como una lanza de acero negro que la mantiene clavada al suelo oceánico. La perforadora automática y los sistemas que manejan el cable han quedado en silencio; el rugido y el repiqueteo ensordecedores del sistema de perforación se apagaron en el momento en que el extractor llegó al objetivo. Pronto, si todo va bien, la grúa superior empezará a tirar del cable, desmontará laboriosamente los centenares de segmentos de tubo y los almacenará en la bodega del barco, hasta que, al fin, *Clementine* (también conocida como la gabarra minera HMB-1) romperá la superficie de la piscina en un torrente de agua fría, aferrada a su tesoro. Pero de momento, la piscina lunar es un remanso de paz y solo alteran la superficie pequeñas ondulaciones aceitosas.



La sala de ingeniería es una colmena de actividad que contrasta con la escena del otro lado de la ventana, y nadie se da cuenta cuando Cooper y el espía británico entran, se colocan tras el operario que controla la operación y le miran las pantallas.

—Diez a la izquierda, seis arriba —dice alguien.

—Parece una escotilla —dice otro. Unas curiosas líneas grises cruzan la pantalla—. Iluminad eso un poco más...

Todo el mundo guarda silencio unos instantes.

—Mal asunto —dice un ingeniero, un tipo nervudo de Nuevo México que Cooper cree recordar que se llama Norm.

La gran pantalla de televisión del centro muestra una superficie plana que emerge de la ciénaga gris de lodo abisal. Se distingue una abertura rectangular de esquinas redondeadas (¿una escotilla?), y algo blanco sobresale de un cilindro que la cruza. El cilindro parece una manga. De repente, Cooper se da cuenta de qué está viendo: una escotilla abierta en la torre de un submarino y los restos esqueléticos de un marinero, mitad dentro, mitad fuera.

—Los pobres cabrones probablemente intentaron salir a nado cuando vieron que la sala de torpedos estaba inundada —dice una voz desde el fondo de la sala. Cooper se gira. Es Davis, que de algún modo se las sigue arreglando para tener aspecto de oficial de la Armada aunque vaya de civil—. Probablemente fue eso lo que salvó el casco de la presión: la escotilla de escape estaba abierta, y la nave, inundada por completo, antes de alcanzar la profundidad de aplastamiento.

Cooper siente un escalofrío y mira la pantalla. «Pensad en Flebas», piensa, y se estruja el cerebro intentando recordar el resto del poema.

—Vale. ¿Qué hay de los daños por impacto? —Ese es Duke, pragmático como siempre—. Tengo que saber si podemos hacer que esto funcione.

Más actividad. Los encuadres de las cámaras giran alocadamente y cubren toda la longitud del submarino soviético de clase Golf-II. A esa profundidad, el agua está bastante limpia, y las luces de la gabarra iluminan el pecio implacablemente,

desde la escotilla abierta en la torre hasta la gran brecha de un lado de la sala de torpedos. El submarino yace sobre un costado, como si estuviera descansando, y para la mirada inexperta de Cooper no hay muchos daños evidentes. Hay otra escotilla, más grande, abierta en la parte delantera de la nave.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalándola.

Steve, el chaval, sigue la dirección del dedo.

—Parece que el tubo de misiles número dos está abierto —dice. La clase Golf-II es un *boomer*, un submarino lanza-cohetes; uno de los primeros modelos, mixto diésel-eléctrico. Solo transportaba tres cohetes atómicos y tenía que salir a la superficie para disparar—. Espero que no volcasen mientras se hundían; si han perdido el pájaro, puede haber aterrizado en cualquier parte.

—En cualquier parte... —Cooper parpadea.

—¡Bueno, vamos a prepararlo! —vocea Duke, que evidentemente ya ha terminado de valorar la situación—. Se nos echa encima el mal tiempo, así que ¡a subirlo!

Durante la media hora siguiente, la sala de control es un manicomio lleno de ingenieros y operarios de control de inmersión que miran atentamente sus consolas y murmuran por los micrófonos. Es algo que nadie ha hecho antes: colocar un extractor de muestras de tres mil toneladas sobre un submarino hundido a cinco kilómetros de la superficie, con una tormenta en ciernes. En Moscú, los que controlan a los marinos del arrastrero espía ruso deben de estar convencidos de que sus hombres han estado bebiendo anticongelante otra vez, a juzgar por el cuento sobre la exótica hipertecnología capitalista que está robándoles un *boomer* hundido.

En la sala de control, la tensión va en aumento. Cooper observa por encima de Steve, que manipula una palanca de mando con una habilidad sobrenatural para cambiar de cámara y dirigir los enormes agarres mecánicos, permitiendo así a los operarios que los extiendan y los coloquen cerca del casco. Por último llega el momento.

—A la espera para lanzar los cilindros de presión —anuncia Duke—. Lanzad... Ahora.

Diez cilindros de presión sujetos al extractor sueltan chorros de burbujas plateadas; los pistones encajan en su lugar, impulsados por una columna de agua marina de cinco kilómetros, y cierran las enormes abrazaderas en torno al casco del submarino. Se hunden en el limo y levantan una nube gris que anula la visibilidad durante un rato. Las agujas de los indicadores giran lentamente, señalando la posición de las pinzas.

—Todo bien en pares dos a seis, impares uno a siete. Parcial en nueve y ocho, nada en diez.

La atmósfera es electrizante. Siete agarres se han enganchado con firmeza en torno al casco del submarino; dos están flojos y uno parece haber fallado. Duke mira a Cooper.

—Tú mandas.

—¿Podéis izarlo? —pregunta Cooper.

—Creo que sí. —Duke tiene una expresión sombría—. Lo veremos cuando lo hayamos sacado del lodo.

—Vamos a preguntar arriba —sugiere Cooper, y Duke asiente. El capitán puede decir sí o no; tiene la última palabra, porque es su barco el que corre peligro si se equivocan.

Tienen la respuesta cinco minutos más tarde.

—Subidlo —dice el capitán en un tono que rechaza cualquier objeción—. A eso hemos venido.

Está en el puente porque el mal tiempo y la proximidad de otros barcos (ha aparecido otro arrastrero ruso) exigen su presencia, pero el tono perentorio de la orden es inconfundible.

—Vale, ya has oído al jefe.

Pasados otros cinco minutos, una débil vibración agita la superficie de la piscina lunar. *Clementine* ha soltado el lastre y esparce mil toneladas de plomo por el suelo abisal en torno al submarino. Durante un rato, lo único que muestran las cámaras es una niebla gris. De repente, por las ventanas de la sala de control se ve que el cable de perforación empieza a moverse lentamente hacia arriba, centímetro a centímetro.

—Impulsores al máximo —ordena Duke. El cable empieza a retraerse cada vez más deprisa, chorreando mientras se alza de las profundidades heladas—. Dadme un informe de tensión.

Los indicadores de tensión de las abrazaderas gigantes están en verde en todo el cuadro de mandos; cada brazo soporta cerca de quinientas toneladas de submarino, por no mencionar el agua que contiene. Del exterior llega un intenso gemido mecánico; hay una sensación de hundimiento, y la vibración que nota Cooper a través de las suelas de sus zapatos Oxford ha aumentado de manera preocupante. El equipo de perforación del *Explorer* mantiene las máquinas a plena potencia ahora que el extractor ha aumentado el peso. El barco, al ganar miles de toneladas en cuestión de segundos, se hunde más en el oleaje del Pacífico.

—¿Contento ya? —pregunta Cooper sonriente, dirigiéndose al británico, que por su parte parece estar esperando algo y observa una pantalla con gran atención—. ¿Y bien?

—Aún hace falta un poco de tiempo —dice el hombre de cara afilada.

—¿Un poco...?

—Para saber si os habéis salido con la vuestra.

—¿Qué te has fumado, tío? ¡Por supuesto que lo hemos conseguido! —Murph se materializa desde la cubierta superior como un fantasma irlandés de Boston y descarga su resentimiento contra el británico (que es lo bastante *typical English* para ser un objetivo apetecible en un Domingo Sangriento, y eso sin mencionar que además es funcionario)—. ¡Mira! ¡Submarino! ¡Gancho sumergible! ¡Subiendo a dos metros por minuto! ¡Continuaremos después de la publicidad! —dice en tono mordaz—. ¿Qué crees que van a hacer los bolcheviques para impedirlo? ¿Declarar la Tercera Guerra Mundial? Ni siquiera tienen puta idea de qué hacemos aquí. ¡Ni siquiera saben dónde se hundió el submarino en un radio de trescientos kilómetros!

—No son los comunistas los que me preocupan —dice el británico. Mira de soslayo a Cooper—. ¿Y a ti?

Cooper niega con la cabeza, reticente.

—Sigo creyendo que vamos a conseguirlo. El submarino está entero, sin daños estructurales, y lo tenemos...

—Oh, mierda —dice Steve.

Apunta la cámara central de los mandos de dirección del extractor hacia el fondo marino, una amplia extensión gris marronácea cubierta de remolinos lentos y nebulosos creados por la caída del lastre y el ascenso del submarino. A estas alturas ya debería estar asentándose en suaves dunas de limo. Pero algo se mueve ahí abajo, serpenteando contra la corriente a una velocidad antinatural.

Cooper clava la vista en la pantalla.

—¿Qué es eso?

—¿Puedo recordarte el Artículo Cuatro del tratado? —dice el británico—. No se establecerán estructuras permanentes ni provisionales a profundidades superiores a un kilómetro por debajo del nivel del mar, bajo pena de extinción. No se retirarán estructuras del nivel abisal, bajo la misma pena. Lo estamos infringiendo; legalmente, pueden hacer lo que les dé la gana.

—Pero solo estamos recogiendo la basura...

—Puede que no lo vean así.

Unos zarcillos delgados, sombras más oscuras contra el fondo gris, se alzan desde la niebla lodosa no muy lejos del lugar de reposo del K-129. Los zarcillos se agitan y ondulan como algas gigantes, pero son más gruesos y muestran más determinación. Recuerdan un poco la trompa ciega e inquisidora de un elefante que explorase el interior de una caja. Hay algo perturbador en la manera en que surgen de agujeros del suelo marino y se elevan palpitando, como si fueran más líquidos que sólidos.

—Joder —susurra Cooper. Se da un puñetazo en la palma de la mano izquierda—. ¡Joder!

—Esa lengua —reprende Duke—. Barry, ¿hasta qué velocidad podemos forzar la plataforma? Steve, intenta fijar la imagen en una de esas cosas; quiero determinar su ritmo de ascenso.

Barry niega decididamente con la cabeza.

—La plataforma de perforación está a tope, jefe. Ahí fuera estamos a fuerza cuatro, y arrastramos demasiado peso. Quizá podamos llegar a los tres metros por minuto, pero si intenta-

mos aumentar, corremos el riesgo de romper el cable y perder a *Clementine*.

Cooper siente un escalofrío. El extractor de muestras ascenderá hasta la superficie aunque se rompa el cable de la perforadora, pero puede aflorar en cualquier parte. Y «cualquier parte» incluye justo debajo de la quilla del barco, que no se construyó pensando en sobrevivir a tres mil toneladas de metal que asciende a veinte nudos y golpea como un ariete.

—No podemos correr el riesgo —decide Duke—. Seguid sacándolo al ritmo actual.

Durante la hora siguiente observan en silencio mientras el extractor se eleva hacia la superficie con su valiosa carga robada aún intacta entre los brazos.

Los zarcillos siguen alzándose de las profundidades, creciendo hacia las luces de la cámara inferior; los ingenieros y los espías los contemplan con preocupación. El extractor ya está a ciento veinte metros por encima del suelo marino, pero en vez de una extensión de limo desierta, la planicie abisal se ha convertido en un bosque furioso de tentáculos ávidos que se estiran con rapidez hacia el submarino robado.

—Mantened el ritmo —dice Duke—. ¡Que mantengáis el ritmo, maldita sea!

El barco se estremece, y la vibración de la cubierta ha crecido hasta convertirse en un chirrido de metal sobretensado que hace rechinar los dientes. El aire de la sala de control apesta a aceite caliente. En la plataforma de perforación, los operarios desmontan los remaches y arrojan a la bodega los tubos de dieciocho metros sin molestarse en apilarlos; es un signo claro de desesperación, pues los tubos son de una aleación especial y cuestan sesenta mil dólares cada uno. Están sacando el cable de perforación casi al doble de la velocidad a la que lo han bajado, y la piscina lunar se ha cubierto de espuma y burbujas bajo la constante cascada que sale de los fríos tubos de metal y cae a la superficie. Pero nadie sabe si conseguirán subir el extractor antes de que lo atrapen los tentáculos.

—Artículo Cuatro —dice el británico con voz tensa.

—Cabron. —Cooper mira la pantalla—. Es nuestro.

—Parece que no están de acuerdo. ¿Quieres discutir con ellos?

—Un par de cargas de profundidad... —Cooper observa con aire melancólico el cable de perforación.

—Te joderían vivo, chico —dice con sequedad el otro hombre—. ¿Crees que nadie lo ha pensado antes? En ese barro de ahí abajo hay bastante metano para crear la abuela de todas las burbujas de gas justo debajo de nuestra quilla; se nos tragaría más deprisa que un sapo a una mosca.

—Lo sé. —Cooper sacude la cabeza. ¡Tanto trabajo...! Es indignante, un insulto a los sentidos; como ver estallar una lanzadera en la plataforma de despegue—. Pero. Esos cabrones. —Vuelve a darse un puñetazo en la palma de la mano—. ¡Debería ser nuestro!

—Hemos tenido tratos con ellos que no han ido tan mal. El Agujero de la Bruja, la zona negociada de Dunwich... Podíais habernos consultado. —El agente británico se cruza de brazos, intranquilo—. También podíais haber consultado a vuestra Oficina de Inteligencia Naval. Pero no; teníais que poneros creativos.

—Y una mierda. Nos habríais dicho que no lo intentásemos. De este modo...

—De este modo aprenderéis la lección en carne propia.

—Mierda.

El extractor estaba a novecientos metros por debajo de la superficie del mar y seguía ascendiendo cuando los tentáculos lo atraparon por fin.

El resto, como se suele decir, es historia.

# 1. Ramona Random

Cualquiera que trabaje para la Lavandería el tiempo suficiente acaba por acostumbrarse a las ofensas mezquinas, las auditorías de clips, el café asqueroso de la cantina y la burocracia eterna e inevitable. El sentido estético se embota, y se dejan de ver la pintura verde guisante descascarillada y los paneles de tela beige vómito que separan los cubículos. Pero las indignidades más grandes nunca dejan de sorprender, y son las que pueden matar.

Llevo unos cinco años trabajando para la Lavandería, y de vez en cuando me vuelvo displicente en la negatividad, convencido de que ya lo he visto todo. Habitualmente, esa es la señal que están esperando para echarme encima algo degradante, humillante o peligroso, cuando no las tres cosas a la vez.

—Que quiere que conduzca un, ¿qué? —grito a la mujer del otro lado del mostrador de alquiler de vehículos.

—Su empresa ha cursado el pedido; consta aquí y aquí... —Es una morena alta, delgada, servicial y muy alemana a la manera de una maestra de escuela, de esas que me provocan el impulso de comprobar que no llevo abierta la bragueta—. El, eh, Smart Fortwo cupé. Con el... el *kompessor*. Es un coche perfectamente aceptable. Si lo desea, puede abonar la diferencia para un vehículo de más categoría.

Más categoría. Un Mercedes S190 por, oh, unos doscientos euros al día. No me lo pensaría dos veces... si no fuera porque correría de mi cuenta.

—¿Cómo se va a Darmstadt desde aquí? —pregunto, intentando salvar la situación—. Para llegar con vida, preferiblemente. —(Puto Equipamientos. Putas aerolíneas de bajo presupuesto que nunca vuelan adonde quiero ir. Puto clima.



Putas reuniones de coordinación en Alemania. Puta regla del «proveedor más económico»).

Vuelve a amenazarme con su dentadura perfecta.

—Yo iría en tren, en el InterCity-Express. Pero su reserva... —Lo señala solícitamente—. No admite reembolsos. ¿Sería tan amable de mirar a la cámara para la comprobación biométrica?

Quince minutos después estoy encogido sobre el volante de un minicoche de dos asientos que parece un juguete salido de un paquete de cereales. El Smart es demencialmente mono y compacto, gasta un litro cada treinta kilómetros y es ideal como segundo vehículo para hacer recados por la ciudad, pero yo no estoy haciendo recados por la ciudad. Voy a unos ciento cincuenta kilómetros por hora por la *Autobahn* mientras algún idiota me dispara por la espalda con un cañón que lanza Porsches y Mercedes. Entretanto, me veo obligado a conducir algo que se comporta como un carricoche con turbo. He encendido los faros antiniebla en un vano intento de disuadir a los otros ocupantes de la carretera de que me conviertan en un adorno para el capó, pero el rebufo que me golpea cada vez que me adelanta un Pánzer deportivo sigue amenazando con poner el coche ruedas arriba. Y eso sin considerar el factor «conductores de camión serbios desquiciados presos de la emoción al saborear una autopista que no han hecho saltar las bombas de racimo y luego ha reconstruido el licitador más económico».

Entre instante de terror e instante de terror, paso el tiempo mascullando maldiciones. Todo esto es culpa de Angleton. Es el que me ha enviado a esta estúpida reunión del comité de coordinación mixto, así que recibe el grueso de mi ira. Tras él van, en orden descendiente, sus ancestros hipotéticos y claramente mitológicos, el estúpido clima, el estúpido calendario de formación de Mo y, por último, cualquier cosa que se me ocurra maldecir. Sirve para mantener entretenido al rinconcito de mi mente que no está concentrado en la supervivencia inmediata. (Es un rinconcito muy pequeño, porque cuando se está condenado a conducir un Smart por una carretera donde

todo lo demás circula a una velocidad medible en mach, hay que estar atento).

El tráfico amaina inesperadamente a unos dos tercios del trayecto a Darmstadt, y cometo el error de soltar un suspiro de alivio. La tregua es breve. Estoy circulando por una carretera aparentemente vacía, rebotando de un lado a otro gracias a la suspensión urbana del Smart mientras el motor del tamaño de un secador de pelo aúlla debajo de mi culo, y de repente, el salpicadero se ilumina como un flash.

Doy una sacudida espasmódica y levanto la cabeza con tanta fuerza que casi abollo el delgado techo de plástico. Detrás de mí se han abierto los Ojos del Infierno, dos haces de luz cegadora semejantes a los focos de aterrizaje de un 747 fuera de ruta. Sea quien sea, está pisando los frenos con tanta fuerza que seguro que echan humo. Oigo un rugido, y un Audi deportivo cupé rojo y achaparrado me adelanta pasando tan cerca que lo puedo tocar, mientras la rubia que lo conduce me hace gestos airados. Al menos creo que es rubia y de sexo femenino; me resulta difícil estar seguro porque todo se ha vuelto gris; el corazón intenta escapárseme rompiendo las costillas y estoy peleando frenéticamente con el volante para evitar que el patinete que conduzco salga dando vueltas de campana. Una fracción de segundo más tarde, la rubia no está; ha vuelto al carril lento, delante de mí, y ha encendido los propulsores traseros; juro que he visto escupir llamaradas rojas a los dos enormes tubos de escape mientras desaparecía carretera adelante llevándose diez años de mi vida.

—¡Hija de la gran puta! —grito sin dejar de golpear el volante, hasta que el Smart empieza a dar bandazos y, con el corazón en un puño, levanto con cautela el pie del acelerador y bajo la velocidad a unos ciento cuarenta o por ahí—. Puta Barbie imbécil con un Audi y sesos de mousse de chocolate...

Veo una señal que dice «DARMSTADT 20 KM» al mismo tiempo que algo (seguramente un caza de la Luftwaffe que vuela bajo) me hace una pasada por la izquierda. Diez infinitamente largos minutos después llego a la salida hacia Darmstadt encajonado entre dos tráilers, con las nalgas empapadas

en un charco de sudor frío y los pelos de punta. Decido que la próxima vez voy en tren y al diablo con los gastos.

Darmstadt es una de esas ciudades alemanas que, después de que las aplanasen los bombarderos pesados aliados, las re-matase el Ejército Rojo y las reconstruyese el Plan Marshall, demuestran perfectamente que a) a veces sale más a cuenta perder una guerra que ganarla y b) algunos de los peores crímenes contra la humanidad los cometen los estudiantes de arquitectura. Ahora, lo que queda del hormigón austero de los años cincuenta tiene un aire rústico y una pátina de musgo, y los peores excesos del neobrutalismo de los sesenta se han sustituido por cristal y acero pintado de colores vivos que se da de patadas con lo que queda de las viejas casitas renanas. Bien podría ser Cualquiersitio (UE), una ciudad más moderna y menos decrepita que su equivalente estadounidense pero que, de algún modo, parece modesta y abochornada. El único lujo que paga Equipamientos es el sistema de navegación del coche (hay que evitar que desperdicie tiempo de la Lavandería perdiéndome por el camino), así que en cuanto salgo de la Carrera de la Muerte conduzco en piloto automático, sudoroso y debilitado por el puro alivio animal de haber sobrevivido. Y de repente me veo en el aparcamiento del hotel, entre un Toyota y un Audi TT rojo chillón.

—Qué cojones. —Vuelvo a golpear el volante, más cabreado que aterrorizado ahora que mi vida no corre peligro inminente. Lo miro con más atención: sí, es el mismo modelo y el mismo color. No puedo estar seguro de que sea el mismo coche (mi némesis iba tan deprisa que no pude ver la matrícula por culpa del efecto Doppler), pero no apostarí a contra: el mundo es un pañuelo. Meneo la cabeza, me desencajo del Smart, cojo el equipaje y arrastro los pies hacia recepción.

Visto un hotel internacional, vistos todos. La idea romántica del viaje se difumina rápidamente tras la primera vez que el viajero de turno se queda colgado en un aeropuerto con una maleta llena de ropa interior sucia dos horas después de que haya cerrado el metro. Pasa lo mismo con el disfrute de los hoteles y sus lujos cuando se llevan cuatro reuniones en el

extranjero en un mes. Me registro tan deprisa e indoloramente como puedo (me atiende otra de esas mozas alemanas terroríficamente solícitas, aunque esta vez en un inglés algo peor) y me teletransporto al sexto piso del hotel Ramada Treff Page. Allí, recorro el laberinto interminable y ligeramente claustrofóbico de pasillos con aire acondicionado hasta que doy con mi habitación.

Dejo caer el petate, cojo el maletín de aseo y una muda limpia, y entro en el cuarto de baño para quitarme de encima la peste a terror. Mi reflejo me guiña un ojo y me señala las canas nuevas hasta que lo amenazo con el tubo de pasta de dientes. Solo tengo veintiocho años; soy demasiado joven para morir y demasiado mayor para conducir deprisa.

La culpa es de Angleton. Toda la culpa. Me metió en esto exactamente dos días después de que la Junta aprobase mi ascenso a SSO, que es el grado más bajo con responsabilidades de gestión relevantes.

—Bob —dijo, dirigiéndome una sonrisa terroríficamente bondadosa—, creo que es hora de que salgas un poco más del despacho. Ver mundo, familiarizarte con los aspectos más cosmopolitas del negocio, esas cosas. Podrías empezar sustituyendo a Andy Newstrom en un par de reuniones mixtas de coordinación de baja prioridad. ¿Qué te parece?

—Estupendo —contesté con entusiasmo—. ¿Por dónde empiezo?

Vale, de acuerdo: en realidad, la culpa es mía. Pero Angleton es un objetivo más apropiado; es muy difícil decirle que no, y lo que es más importante, está a más de mil kilómetros. Es más fácil echarle la culpa a él que darme de patadas en la cabeza.

De nuevo en la habitación, saco la tablet del equipaje, la enciendo, la conecto a la toma de banda ancha, me abro camino tediosamente por la web de pago por inscripción y activo la conexión VPN con la oficina. A continuación descargo una guarda activa y la dejo en marcha como salvapantallas. Parece una trama geométrica rara que cambia constantemente y recorre toda la gama de colores, hasta que se transforma

en un estereoisograma devorador de retinas; es perfectamente seguro si solo se le echa una ojeada rápida, pero si un intruso se queda mirándolo demasiado tiempo, le perfora el cerebro. Lo cubro con unos calzoncillos sudados antes de salir, por si acaso viene el servicio de habitaciones. A la hora de detectar visitas indeseadas, lo de pegar un pelo en el marco de la puerta está pasado de moda.

Pregunto en recepción si tengo mensajes.

—Hay una carta para Herr Howard. Firme aquí, por favor.

Diviso en una esquina el inevitable quiosco de Starbucks, así que me dirijo a él mientras inspecciono el sobre. Es de un papel caro color crema, muy grueso y pesado, y cuando lo observo más de cerca veo que tiene una filigrana dorada. Han escrito mi nombre con una impresora láser y en cursiva, lo que estropea un poco el efecto. Lo abro con mi cibernavaja suiza mientras espero a que alguno de los camareros turcos sobrecargados de trabajo se acerque a atenderme. La tarjeta que hay dentro del sobre es igual de gruesa, pero está escrita a mano.

Bob,

Reúnete conmigo en el bar Laguna a las 18.00 o en cuanto llegues, si es más tarde.

Ramona

—Hum —musito. «¿Qué cojones...?».

He venido a participar en la reunión mixta de coordinación mensual con las agencias asociadas de la UE. Se celebran bajo los auspicios del Marco Conjunto Intergubernamental de la UE para Incursiones Cosmológicas según lo establecido en las directrices de Defensa Común del Segundo Tratado de Niza. (El público no ha oído hablar de este tratado de la UE porque es secreto por mutuo acuerdo, ninguno de los firmantes quiere desencadenar un pánico general). A pesar de ser un acto ultra-secreto, en realidad resulta bastante aburrido; venimos a intercambiar cotilleos departamentales sobre las áreas de interés comunes y qué ha pasado últimamente, a ponernos al día de las nuevas medidas de procedimiento y el papeleo que tenemos

que despachar para solicitar información útil sobre nuestras operaciones respectivas y a socializar en general. Solo falta un decenio para la Conjunción Omega (el periodo de mayor riesgo durante PESADILLA VERDE, cuando las estrellas estén alineadas), así que en Europa anda todo el mundo lubricando los engranajes y las ruedecillas de la maquinaria de defensa ocultista. Nadie quiere que sus vecinos caigan bajo una oleada de devoradores de cerebros farfullantes verdes, al fin y al cabo; tiende a devaluar las propiedades inmobiliarias. Se supone que después de la reunión debo llevarme el acta e informar a Angleton, Boris, Rutherford y todos los que estén en mi cadena de notificación, y luego repartir copias por los otros departamentos. *Sic transit gloria espium.*

En cualquier caso, mi expectativa es un orden del día e indicaciones para ir a una sala de reuniones, no que una misteriosa Ramona me invite al bar. Me estrujo el cerebro: «¿A quién conozco que se llame Ramona? ¿No había una canción...? Joey Ramone... No». Doblo el sobre y me lo guardo en el bolsillo trasero. «Parece el alias de un *spammer* de porno». Abandono la cola que avanza lentamente justo a tiempo de cabrear al tío bigotudo del mostrador. «¿Dónde cojones está el bar Laguna?».

Diviso una serie de zonas oscuras delimitadas por mamparas de cristal amontonadas en el atrio, enfrente del mostrador de recepción. Son los típicos negocios que se instalan en los hoteles: restaurantes demasiado caros y tiendas de veinticuatro horas dedicadas a vender cualquier cosa que hayamos olvidado echar al equipaje el día anterior a las cuatro de la oscuridad. Husmeo por la zona hasta que veo la palabra *LAGUNA* escrita en Fraktur Gothic dorada a un lado de una entrada sin iluminación, en un claro intento de confundir a los despistados.

Echo un vistazo al interior. Es un bar decorado lujosamente en estilo retrosetentero; demasiado mármol italiano pulido y muebles cromados que no llegan a Bauhaus. A estas horas de la tarde está casi vacío (aunque puede que tenga algo que ver el detalle de que cobren seis euros por una cerveza). Miro el móvil: las dieciocho quince. «Mierda». Entro en el bar mirando

alrededor esperanzado, por si la misteriosa Ramona lleva un cartel que diga: «SOY RAMONA, DIME ALGO». Un trabajo de espionaje de lo más sutil.

—*Ein Weissbier, bitte* —pido en la barra, agotando de paso el sesenta por ciento del total de mi vocabulario alemán.

—Cómo no, tío. —El camarero se vuelve para coger una botella.

—Soy Ramona —susurra junto a mi oreja izquierda una voz femenina con un leve acento de la Costa Este—. No te gires. —Y algo duro me presiona las costillas.

—¿Es la antena de tu móvil o es que no te alegras de verme? —Probablemente sea un teléfono, pero obedezco; no hay que arriesgarse en estas situaciones.

—Silencio, listillo. —Una mano esbelta pasa discretamente bajo mi brazo izquierdo y me tantea el pecho. El camarero está tardando un montón en volver con esa botella—. Eh, ¿qué es esta *Scheiße*?

—¿La sobaquera? Cuidado con eso, es mi receptor GPS con Bluetooth. Y ese bolsillo es donde guardo los auriculares con supresión de ruido del iPod. ¡Eh, cuidado! ¡Son caros! Y la batería de repuesto de la PDA, y...

Ramona deja de hurgar en el chaleco de pescador y, al cabo de un momento, el objeto duro se retira de mi espalda. El camarero se vuelve con un vaso raro en una mano y una botella con etiqueta culturalmente estereotípica en la otra.

—¿Te vale esta, tío? Es una Weizenbock muy buena...

—¡Bob! —gorjea Ramona, y se echa a un lado hasta que puedo verla por fin—. A mí me pones un gintónico sin ensalada —dice al camarero, con una sonrisa radiante como el amanecer en los Alpes suizos. La miro de reojo e intento no quedarme boquiabierto.

Hemos entrado en territorio de supermodelos, o quizá sea la especialista que sustituye a Uma Thurman en las escenas de acción. Me saca casi cinco centímetros, es rubia y tiene unos pómulos por los que mataría Mo. El resto tampoco está mal. Tiene el tipo de figura con la que sueñan casi todas las modelos (suponiendo que no se dedique a eso para ganarse la vida

cuando no está clavando armas en la espalda de funcionarios), y ponga lo que ponga en la etiqueta del vestido de seda sin tirantes que lleva, seguramente cuesta más que lo que gano en un año, y eso sin contar las joyas que emanan de ella como olas incandescentes. La perfección física auténtica no es algo que un tipo como yo pueda ver de cerca a menudo, y es algo con lo que maravillarse... antes de salir corriendo; antes de quedar hipnotizado como cuando una serpiente clava la mirada en algo pequeño, peludo y comestible.

Es hermosa pero letal, y en este momento tiene una esbelta mano dentro del bolso de charol negro; a juzgar por la leve tensión de las comisuras de los ojos, me apuesto lo que sea a que empuña, oculta a la vista, una pistolita automática con cachas de nácar.

Una de mis guardas me muerde el dorso de la muñeca y me doy cuenta de lo que ocurre: es un glamur. De repente siento una punzada de añoranza por Mo, que al menos es de mi planeta a pesar de que insiste en practicar con el violín a todas horas.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí, cariño! —añade Ramona, como si se le acabara de ocurrir.

—De lo más inesperado —coincido; me aparto un paso, y cojo el vaso y la botella. El camarero, deslumbrado por la sonrisa de Ramona, ha empezado a buscar un vaso para el gintónico. Me las arreglo para mostrar un amago de sonrisa. Ramona me recuerda a cierta ex (vale, me recuerda a Mhari, lo reconozco; intento no parpadear y sigo) vestida para matar y en modo depredador total. Mientras me voy acostumbrando al impacto del glamur, empiezo a tener la inquietante sensación de que ya la he visto antes.

—¿El Audi del aparcamiento es tuyo?

—¿Y qué si lo es? —Dirige hacia mí la potencia absoluta de su sonrisa.

Glub, glub... clinc. Los cubitos de hielo caen en la ginebra.

—Son dieciséis euros, tío.

—Apúntamelo en la cuenta —respondo automáticamente, y le entrego la tarjeta de la habitación—. Si es tuyo, has estado a punto de aplastarme en la A45.



—He estado a punto... —Parece desconcertada durante un instante. Y luego, más desconcertada todavía—. ¿Ibas en ese ridículo cochecito de hojalata?

—Si mis jefes me pagaran un Audi TT, también conduciría uno. —Siento una punzada de alegría malévola ante su evidente incomodidad—. ¿Quién crees que soy? Y por cierto, ¿quién eres y qué quieres?

El camarero se dirige al otro extremo de la barra, aún sonriendo beatíficamente bajo la influencia del glamur. Parpadeo para disipar las punzadas de alerta de distorsión, semejantes a una migraña, que noto al mirarla. «Lleva un glamur de nivel tres como mínimo», me digo, y siento un escalofrío. Mi guarda no es lo bastante potente para atravesarlo, de modo que no puedo ver cómo es de verdad, pero al menos me sirve para saber que me está engañando.

—Me llamo Ramona Random; puedes llamarme Ramona. —Bebe un trago de gintónico y me mira con suficiencia con esos ojos inquietantemente claros, como un eloi aristocrático que evaluase a un morlock tambaleante y medio ciego que de algún modo ha aparecido en la superficie. Doy un trago a la cerveza y espero a que continúe—. ¿Quieres acostarte conmigo?

La cerveza se me sale por la nariz.

—¡Estás de coña! —Es más diplomático que «Antes me acostaría con una cobra» y suena menos patético que «Mi novia me mataría», pero en cuanto lo digo me doy cuenta de que es una reacción visceral y muy sincera: «¿Qué se esconde tras el glamur?». Probablemente no es nada que quisiera encontrarme en la cama.

—Bien —dice Ramona, cerrando tajantemente esa posibilidad; me tranquiliza un montón. Asiente y un mechón del color del lino le oculta la cara un instante—. Todos los tíos con los que me he acostado han muerto menos de veinticuatro horas después. —Debe de haber algo en mi expresión, porque añade a la defensiva—: ¡Por casualidad! Yo no los maté. Bueno, no a la mayoría.

Me doy cuenta de que estoy intentando esconderme tras el vaso de cerveza, y me obligo a erguirme.

—Me alegra mucho saberlo —digo, quizá un poco demasiado de prisa.

—Solo lo estaba comprobando, porque se supone que tendremos que trabajar juntos. Y sería una pena que te acostases conmigo y murieses, porque entonces no podríamos trabajar.

—¿De verdad? Qué interesante. Y ¿qué crees que hago exactamente?

Deja el vaso y saca la mano del bolso. Vuelvo a sentir un *déjà vu*; no empuña una pistola, sino una Palm Pilot de hace tres años. Es una tecnología inferior, y siento una breve punzada de suficiencia al saber que le saco ventaja al menos en un aspecto importante. Levanta la cubierta protectora y mira la pantalla.

—Creo que trabajas para los Servicios Centrales de la Lavandería —dice con naturalidad—. Nominalmente eres agente científico ejecutivo del Departamento de Logística Interna. Te han encargado representar a tu departamento en varios comités mixtos y fijar la normativa de adquisiciones de IT. Pero en realidad trabajas para Angleton, ¿verdad? Así que deben de haber visto en ti algo que yo... —Su mirada, repentinamente agria, me recorre los vaqueros, la camiseta vieja y el chaleco de pescador lleno de cachivaches frikis—. Que yo no veo.

Intento no encogerme muy visiblemente. «Vale, está en el ajo». Eso facilita las cosas... y las complica en cierto modo. Consigo tomarme otro trago de cerveza.

—¿Qué tal si me dices quién eres?

—Acabo de decírtelo. Soy Ramona y no me voy a acostar contigo.

—Muy bien, «Ramona y no me voy a acostar contigo». ¿Qué eres? Quiero decir, ¿eres humana? No puedo distinguirlo con ese glamur que llevas, y eso me pone nervioso.

Unos ojos de color zafiro se clavan en mí.

—Sigue intentando adivinarlo, monito.

«Oh, la madre que...».

—Vale. Entonces, ¿para quién trabajas?

—Para la Cámara Negra. Y siempre llevo este cuerpo cuando estoy trabajando. Tenemos un código de indumentaria, ¿sabes?

¿La Cámara Negra? Se me encoge el estómago. Ya me las vi una vez con esos tipos, casi al principio de mi trayectoria profesional, y todo lo que he descubierto desde entonces me ha dejado claro que tuve una suerte increíble al salir con vida.

—¿A quién vienes a matar?

Hace un mohín de disgusto.

—Se supone que vengo a trabajar contigo. No vengo a matar a nadie.

Volvemos a caminar en círculos.

—Vale. Vas a trabajar conmigo, pero no quieres acostarte conmigo, no vaya a ser que acabe muerto, *La maldición de la momia* y todo eso. Estás equipada para vampirizar a algún pobre cabrón, pero no soy yo, y parece que sabes quién soy. ¿Por qué no nos dejamos de chorradas y me explicas qué haces aquí, por qué diablos estás tan tensa y qué está pasando?

—¿De verdad que no lo sabes? —Se queda mirándome—. Me dijeron que te habían informado.

—¿Informarme? —Le devuelvo la mirada—. ¡Tienes que estar de coña! He venido a una reunión del comité, no a una partida de rol en vivo.

—¡Uh! —Durante un momento parece desconcertada—. Has venido a asistir a la próxima sesión del comité de coordinación mixto sobre incursiones cosmológicas, ¿no?

Asiento muy levemente. Los Auditores no suelen preguntarnos qué no hemos dicho; están más interesados por lo que sí hemos dicho y a quién.\*

—No te mencionan en la documentación que tengo.

—Ya veo. —Ramona asiente pensativa y se relaja un poco—. Tiene pinta de cagada normal. Como te he dicho, me dijeron que íbamos a trabajar juntos en una actividad mixta, empezando por esta reunión. Para todos los propósitos de esta sesión soy delegada acreditada, por cierto.

\* No miran con buenos ojos que nos vayamos de la lengua sobre temas secretos con agentes del tipo *femme fatale*, sobre todo si dichas agentes no son necesariamente humanas.

—Eres... —Me muerdo la lengua e intento imaginarla en una sala de reuniones repasando el orden del día de setenta y seis páginas—. Eres, ¿qué?

—Tengo categoría de observadora. Mañana te enseño mi guarda. —(Eso zanja el asunto. Nos han entregado guardas a los que estamos asignados al comité mixto)—. Tú puedes enseñarme la tuya. Estoy segura de que te informarán antes de la reunión, y después tendremos mucho más de que hablar.

—Dime solo en qué... —Trago saliva—. ¿En qué se supone que trabajaremos?

Sonríe.

—En el bacará. —Se termina el gintónic y se levanta haciendo susurrar el vestido de seda—. Nos vemos veo luego, Robert. Hasta la noche.

Pido otra cerveza para aplacarme los nervios y me refugio en un carnívoro sofá de cuero del fondo del bar. Cuando estoy seguro de que el camarero no me mira, saco el Treo, ejecuto un programa extremadamente especializado y marco una extensión de la oficina de Londres. El tono suena cuatro veces y salta el buzón de voz. «¿Jefe? Tengo un quebradero de cabeza. Ha aparecido una agente de la Cámara Negra llamada Ramona. Afirma que se supone que debemos trabajar juntos. ¿Qué diablos está pasando? Necesito saberlo». Cuelgo sin molestarme en esperar respuesta. Angleton asomará hacia las seis, hora de Londres, y entonces me contestará. Dejo escapar un suspiro, lo que atrae un par de miradas poco amistosas del par de advenedizos demasiado elegantes de la mesa de al lado. Supongo que consideran que estoy devaluando el local. Me invade una intensa sensación de soledad. «¿Qué pinto aquí?».

La respuesta superficial es que he venido por asuntos de la Lavandería, conocida como Servicios Centrales de la Lavandería para cualquiera que llame a la puerta principal o telefonee a la centralita, aunque desde el final de la Segunda Guerra Mundial hemos dejado de trabajar en las viejas oficinas de la planta alta de la lavandería china del Soho. La memoria de la

Lavandería llega muy atrás. Trabajo en ella porque me dieron a elegir entre eso... y no trabajar para nadie nunca jamás. Visto lo visto, no puedo decir que los culpe. Simplemente, no se puede dejar que cierta gente ande por ahí tocando las narices; al poco de cumplir los veinte, con un exceso de confianza y mucha ingenuidad por mi parte, dejarme suelto sin supervisión era tan seguro como dejar abandonada una tonelada de gelignita húmeda. En la actualidad cuento con una sólida formación como demonólogo computacional; soy de esos practicantes del ocultismo que realmente son capaces de invocar espíritus del abismo, o al menos de cualquier rincón de nuestra variedad Calabi-Yau en la que aúllen y farfullen los habitantes dementes de la brana. Y ahora es mucho más seguro andar cerca de mí; al menos sé qué precauciones tomar y que normas de seguridad debo cumplir. Se me puede considerar un búnker lleno de bombas inteligentes.

La mayor parte del trabajo de la Lavandería es tediosamente burocrático; consiste en mover papeleo y rellenar impresos. Hace unos tres años me aburrí y pedí que me asignaran al servicio activo. Fue un error del que llevo arrepintiéndome desde entonces, porque el trabajo tiende a ir de la mano de cosas como que me arranquen de la cama a las cuatro de la mañana para ir a contar vacas de cemento en Milton Keynes, cosa que suena mucho más divertida de lo que es en realidad, sobre todo cuando conlleva que me disparen y me toque rellenar un montón formularios mucho más complicados y presentar informes ante el Comité de Auditoría. (Cuanto menos se diga de este último, mejor).

Aunque por otro lado, de no haber entrado en el servicio activo no habría conocido a Mo, la doctora Dominique O'Brien (aunque odia lo de «Dominique»), y me cuesta imaginar cómo sería mi vida sin ella. Pero tampoco es que la vea mucho, porque lleva meses haciendo un curso de formación detrás de otro, metida en algo muy secreto sobre lo que no puede decirme nada. El curso que sigue ahora la tiene desde hace cuatro semanas en las instalaciones seguras de la ciudad de Dunwich, y dos semanas antes de eso tuve que ir a la reu-

nión de coordinación anterior, y, la verdad, la echo de menos. La semana pasada se lo comenté en el pub a Pinky, que soltó un bufido y me acusó de comportarme como si ya estuviera casado. Supongo que tiene razón; no estoy acostumbrado a tener en mi vida a una persona maravillosa y cuerda, y supongo que me pongo pegajoso. Quizá debería hablar de ello con Mo, pero el asunto del matrimonio es un poco delicado y tengo reparos en sacarlo; su anterior experiencia matrimonial no fue muy agradable.

Llevo la cerveza por la mitad y estoy pensando en llamar a Mo (si ahora mismo no está trabajando, podríamos hablar) cuando suena el teléfono. Echo un vistazo y me quedo helado: es Angleton. Activo el cono de silencio y respondo.

—Aquí Bob.

—Bob. —La voz de Angleton es fría y tenue como un hilo, y la compresión de datos causada por la red de telefonía y el canal de seguridad le añade un eco sordo—. He recibido tu mensaje. Descríbeme a esa tal Ramona.

—No puedo. Llevaba un glamur de nivel tres como mínimo; casi me deja bizco. Pero sabe quién soy y a qué he venido.

—De acuerdo, Bob; es lo que esperaba. Esto es lo que quiero que hagas. —Angleton hace una pausa. Me paso la lengua por los labios, que se me han quedado secos de repente—. Quiero que te termines la cerveza y vayas hacia tu habitación. Pero no entres; continúa por el pasillo hasta la puerta siguiente del mismo lado, un número más que la tuya. El equipo de apoyo ya debe de estar allí. Cuando estés en la habitación segura, te informarán del resto. De momento, no entres en tu habitación. ¿Entendido?

—Creo que sí. —Asiento—. Tiene algún trabajillo sorpresa esperándome, ¿verdad?

—Sí —contesta Angleton, y cuelga de golpe.

Dejo la cerveza, me levanto y echo una ojeada alrededor. Creía que había venido a una reunión rutinaria, pero de repente me veo en medio de arenas movedizas, puede que en territo-

rio hostil. La pareja de estirados de edad madura me echa una ojeada sin demasiado interés, pero mis guardas no cosquillean, así que son justo lo que parecen ser. «Vale. Vete directamente a la cama, no cenas, no recojas...». Sacudo la cabeza y me pongo en marcha.

Para llegar del bar a los ascensores tengo que cruzar una zona enmoquetada que entra en el ángulo de visión de dos pisos de galerías. Normalmente, ni me habría fijado, pero después de la sorpresilla de Angleton se me eriza el vello; aferro con fuerza el Treo y mi pulsera de buena suerte mientras camino. No hay mucha gente, si no se cuenta el grupo de ejecutivos cansados que se registran en recepción, y llego a los ascensores sin notar el aroma de violetas ni el hormigueo de reconocimiento que suelen preceder las manifestaciones letales. Pulso el botón de subida del ascensor más cercano y se abre la puerta para franquearme el paso.

Existe la teoría de que todas las cadenas hoteleras forman parte de una conspiración para convencer a los viajeros internacionales de que solo existe un hotel en todo el planeta y es idéntico al que tienen en su propia ciudad. Personalmente, no me la creo; parece mucho más verosímil que en vez de haberme desplazado a otro lugar, lo que ha ocurrido es que me han abducido unos alienígenas, me han drogado hasta las cejas, me han implantado recuerdos falsos y desconcertantes sobre controles de seguridad humillantes y viajes aburridos, y luego me han metido en una celda acolchada curiosamente cara para que me recupere. Desde luego, explica de forma igual de coherente la sensación de desorientación y malestar que tengo en estos sitios. Además, la idea de unos alienígenas malévolos es más fácil de aceptar que la de que haya gente que realmente quiere vivir así.

Los ascensores son un elemento fundamental de esta experiencia de abducción. Imagino que el suelo de falso mármol pulido y el techo con espejos e iluminación indirecta conspiran para generar en los abducidos un sentimiento de seguridad hipnótico, de modo que me pellizco y me obligo a seguir alerta. Cuando el ascensor empieza a acelerar hacia arriba noto que

vibra el teléfono. Echo un vistazo a la pantalla, leo el mensaje de advertencia y me tiro al suelo.

El ascensor se sacude mientras sube hasta la sexta planta. Noto una sensación de antigravedad en las tripas: ¡estamos parando! El detector de entropía instalado en la antena del teléfono activa en la pantalla un icono de alerta de un macabro tono rojizo. Arriba está pasando una mierda bastante gorda, y cuanto más nos acercamos a mi piso, más fuerte es.

—Joder joder joder —mascullo. Activo una pantalla de contramedidas básicas. No llevo armamento; se supone que esto es territorio amigo, y sea lo que sea lo que está activándose en las plantas superiores del hotel Ramada Treff Page es...

Tengo un breve *flashback* de otro hotel de Ámsterdam: un viento aullador absorbido por el vacío donde debería haber una pared.

Clunc. La puerta se abre, y en ese preciso instante me doy cuenta de que debería haber saltado hacia los mandos del ascensor y haber pulsado el botón de parada de emergencia. «Mierda», añadido (la típica última palabra) justo a la vez que la rueda roja intermitente de la pantalla del teléfono gira en sentido antihorario y se pone verde. Verde de seguridad. Verde de normal. Verde para indicar que lo que alteraba la realidad ha abandonado el edificio.

—*Zum Teufel!*

Alzo la vista y miro embobado un par de pies calzados con botas de montaña de cuero marrón aparentemente antibalas; un poco más arriba están los pantalones de pana y la chaqueta beige de un turista alemán entrado en años.

—Intentaba pillar cobertura —murmuro, y salgo al pasillo a cuatro patas sintiéndome extremadamente idiota.

Camino de puntillas por la moqueta beige del pasillo hacia mi habitación, estrujándome las meninges en busca de una explicación de lo ocurrido. Todo este montaje apesta como un pez que lleva una semana fuera del agua. ¿Qué está pasando? Ramona, sea quien diablos sea... Seguro que está en el ajo. Y el desajuste de entropía ha sido gordo, pero ya ha desaparecido. «¿Alguien ha abierto un portal?», me pregunto. «¿Una invo-



cación de cercanía?». Me detengo delante de la puerta de mi habitación y pongo la mano por encima del picaporte durante unos segundos.

Está frío. No el frío del metal a temperatura ambiente, sino el frío del nitrógeno líquido humeante.

—Ups —digo en voz muy baja, y sigo andando hasta la puerta siguiente. Saco el teléfono y pulso la llamada rápida a Angleton.

—Bob. Infositu.

Me humedezco los labios.

—Sigo vivo. Cuando estaba en el ascensor, la alarma de proximidad terciaria ha llegado al rojo y después se ha desactivado. A juzgar por el picaporte de mi habitación, la temperatura de dentro se puede indicar con una sola cifra en la escala Kelvin. Estoy en el pasillo, frente a la puerta siguiente. Creo que ha habido un ataque y, a menos que me diga lo contrario, voy a declarar un Código Azul.

—Ese no es el Código Azul que tienes que atender. —Angleton parece secamente divertido, que es más o menos lo que me espero de él—. Pero quizá debas apuntarte la clave de activación: es cero cero siete. Por si la necesitas más tarde.

—¿Qué? —Miro el teléfono con incredulidad, y luego tecleo el número—. Jesús, Angleton, un día tengo que explicarle ese concepto llamado «seguridad de contraseña». No debería ser capaz de hackear mis propios bloqueos y ponerme a disparar a capricho...

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad? —Suenan más divertido aún mientras mi teléfono emite dos pitidos y un chasquido metálico—. Cuando salte la mierda, puede que no tengas tiempo de preguntar. Por eso prefiero lo sencillo. Y ahora, dame un infositu —añade con sequedad.

—Voy a activar. —Pulso frenéticamente un par de botones y unas polillas invisibles se me pasean arriba y abajo por la columna; cuando desaparecen, el pasillo parece de algún modo más oscuro y amenazador—. Semí. El terminal está activo. —Rebusco en el bolsillo, saco una webcam y la encajo en la ranura de expansión de la parte de arriba del teléfono. Ahora tiene

dos cámaras—. Vale, MIRADA ESCORPIÓN cargada. Estoy armado. ¿Qué puedo esperar?

La cerradura zumba, y parpadea un LED verde.

—Con suerte, nada ahora mismo, pero... Abre la puerta y entra. El equipo de apoyo debería estar ahí para informarte, a menos que algo haya ido muy mal en los últimos cinco minutos.

—Angleton, por Dios.

—Sí, así me apellido. No deberías blasfemar tanto; las paredes oyen. —Sigue sonando divertido, el cabrón omnisciente. No sé cómo lo hace (no tengo autorización para esa mierda) pero siempre tengo la sensación de que está detrás, mirando—. Entra. Es una orden.

Inspiro profundamente, alzo el teléfono y abro la puerta.

—¡Hola, Bob! —Pinky levanta la mirada de la baqueteada caja de herramientas; tiene las manos en el teclado de un ordenador compacto. Luce un bonito sarong de batik, un bigotón de motero y poca cosa más. No pienso darle la satisfacción de saber cuánto me incomoda eso y cuánto me tranquiliza verlo.

—¿Y Cerebro? —pregunto; cierro la puerta y exhalo lentamente.

—En el armario. No te preocupes; no tardará en salir. —Señala la puerta del armario empotrado de la pared que da a mi habitación—. Nos ha mandado Angleton. Dice que necesitas información.

—¿Soy el único que no sabe qué está pasando?

—Probablemente. —Sonríe—. No te preocupes, colega. —Mira el Treo—. ¿Te importaría no apuntarme con eso?

—Oh, perdona. —Me apresuro a bajarlo y quitarle la segunda cámara que lo convierte en una terminal MIRADA ESCORPIÓN: un dispositivo basilisco capaz de hacer estallar la materia orgánica de su ángulo de visión, convenciéndola de que parte de sus núcleos de carbono son de silicio—. ¿Vas a decirme qué pasa?

—Claro. —No lo veo preocupado—. Vas a hacer un entrelazamiento de hados con otra persona, y hemos venido a asegurarnos de que no te mata y te devora por accidente antes de que se complete el rito.

—Voy a, ¿qué? —Odio cuando me chirría la voz.

—Es de la Cámara Negra. Se supone que vais a trabajar juntos en algo gordo, y el viejo quiere que seas capaz de absorber sus habilidades cuando necesites ayuda.

—¿Qué quieres decir con «absorber»? ¿Voy a ser una esponja, ahora? —Tengo la horrible sensación de que sé de qué está hablando, y no me gusta ni un pelo. Pero esto explicaría que Angleton me haya mandado como equipo de apoyo a Pinky y Cerebro. Fueron mis compañeros de piso y el muy cabrón cree que me harán sentir más cómodo.

Se abre la puerta del armario y sale Cerebro. A diferencia de Pinky, está vestido decentemente, según la escala de decencia del club del cuero.

—No te alteres, Bob —dice guiñándome un ojo—. Solo estaba haciendo agujeros en la pared.

—Agujeros...

—Para observarla. Está confinada en un pentáculo, en la moqueta de tu habitación, no tienes que preocuparte de que se escape y te robe el alma antes de que completemos el circuito. Estate quieto o no funcionará.

—¿Quién está en el pentáculo de mi habitación? —Retrocedo un paso hacia la puerta, pero se me acerca con una aguja esterilizada.

—Tu nueva socia. Dame la mano; no va a doler nada...

—¡Au! —Retrocedo y me doy con la pared, y Cerebro se las apaña para conseguir su gota de sangre mientras me recupero.

—Estupendo. Con esto completaremos el entrelazamiento de hados. ¿Sabes que eres un tío con suerte? Al menos supongo que es una suerte para los de tu acera...

—¿Quién es, joder?

—¿Tu nueva socia? Una cambiaformas que ha mandado la Cámara Negra. Se llama Ramona. Y tiene buenas tetas, si te va eso. —Pone cara de diversión; es muy tolerante con mi heterosexualidad.

—Pero yo no...

Oigo tirar de la cadena. Se abre la puerta del baño y aparece Boris. Y entonces sé que estoy bien hundido en la mierda,

porque Boris no es mi supervisor normal; Boris es el tío al que mandan cuando algo ha ido terriblemente mal en una operación de campo y hay que hacer limpieza por todos los medios necesarios. Boris actúa como un extra de saldo de un thriller de espías de la Guerra Fría, incluidos el acento falso y la cabeza rapada, aunque es tan inglés como yo. Lo del habla es una secuela de un infarto cerebral, cortesía de una invocación sobre el terreno que salió mal.

—Bob. —No sonríe—. Bienvenido a Darmstadt. Vienes para un trabajo de coordinación mixta. Irás a la reunión de mañana según lo planeado. Pero desde este momento tienes también autorización HADES AZUL AZORIANO. He venido a informarte, presentarte al equipo de apoyo y asegurarme de que te enlazas con tu... tu... asociada. Sin que te devore.

—¿Devore? —pregunto. Debo de parecer un pelín tenso, porque hasta Boris se las arregla para mostrar una expresión de disculpa—. ¿En qué consiste exactamente este trabajo? No me he presentado voluntario para ninguna misión de campo...

—Ya lo sé. Sentimos mucho cargarte este muerto —dice Boris; la forma en que se pasa la mano por la calva desmiente el sentimiento—, pero no tenemos tiempo para ponernos dramáticos. —Mira a Cerebro y hace un leve gesto afirmativo—. Primero debo informarte; después completamos el protocolo de entrelazamiento de hados con la entidad de la habitación de al lado. Después... —Mira el reloj—. Después es cosa tuya, pero según los cálculos, te quedan siete días para salvar la civilización occidental.

—¿Qué? —Sé qué acaban de captar mis orejas, pero no acabo de creerlas.

Me mira con expresión sombría y asiente.

—Si por mí fuera, no nos pondríamos en tus manos. Pero se nos acaba el tiempo y no tenemos muchas alternativas.

—Oh, Jesús. —Me siento en la única silla libre—. Esto no me va a gustar, ¿verdad?

—*Niet.* Pinky, el DVD, por favor. Es hora de ampliar los horizontes de Robert...